

Greguerías Porteñas

Al desembarcar se reconocen Buenos Aires porque es la ciudad de los relámpagos navales.

Ciudad de flintes... Por eso el día se tiñe de azul, de blanco, de morado, de gris a brillos de sus veinticuatro horas.

Vive cada uno de la energía que saque de su propia aislación.

Se respiran aire de telegramas... Por eso la noche, desde esa hora en que ya ha sucedido todo en el mundo y no llegan más telegramas, tiene una cosa de clausura especial, de silencio ambiente, de noche después de cerrado el concurso del día.

El tiempo tiene aquí más entorpecidas que el tiempo de otro sitio.

Los "sandwiches" parecen abrigados en pan de mantá de baño.

Las cuadras son de una medida diferente, ¿que el metro de medir cuadras no dice eso? Las hace más largas el que tenga una tienda de ortopedia en vez de una confitería o un portal lóbrego en vez de un portal alegre.

Las estrellas federales son una sorpresa de la ciudad, una condecoración más que una flor.

Lo que más me gusta del pejerrey es ese fondo plateado que tiene, la única plata del Río de la Plata.

¿Qué frío tienen estos días los sofás y las butacas de las mullerías abiertas de par en par a la calle!

Lo que más viste a los "laxis" de Buenos Aires y que no tienen los de Europa, son esas alas de mariposas de cristal que llevan a los custodios.

¿Cuántos escapaportes de zapatos que están colocados como bombones sobre papeles plateados!

Una de las cosas que propala la ciudad populosas e innumerable es el anuncio de los "sofás-camas".

En ningún sitio se ven tantos pollos moviéndose en el aparato con que se fabrica el pollo al "espíndum", ese aparato que parece inventado por las brujas, para asar niños.

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

He encontrado una tienda sólo dedicada al tortilho. En una casa tan especializada en tortillos debe haber hasta tortillos para los que han perdido los que llevamos en los sienes.

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

Los gordos son quizá los únicos seres extravagantes capaces de comprender y de amar su extravagancia. Los calvos disimulan su calvicie, los cojos se avergüenzan de su renguera, los sordos tratan de entender de todo, los mocosos se meten en el bolsillo la manga vacía y adoptan un aire de inválidos militares. Hay gordos vergonzantes que renuncian a su gloria en arriesgados cálculos de calorías y de caninatas inútiles; hombres que no merecen siquiera el calificativo de gordos, porque son indignos de todo ciego regojante.

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

Los gordos, los verdaderos gordos, tienen a orgullo el volumen de su agua que decazan en la badadera y el resplando de los asientos "pullmans" cuando se sientan en el cinematógrafo. Ellos se saben fuertes en su hermandad de gordos y saben que su alegría reside en su obesidad que les da el tono y la clase. Son bellos, optimistas, confiados y ágiles de alma. Los gordos no salen desnudos a la calle porque se lo impide la policía. Ellos son los inventores de la espuma y de las algas bromas a los vigilantes. Ellos se ríen de los gordos como el sol se ríe con el sol. Si él es una continua alabanza de la vida y un aprovechar del aire y la luz como ningún ser humano puede aprovecharlos.

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

El vendedor de flores: "¡clavetes, clavetes, clavetes!", parece un vendedor de periódicos. Hay que enseñarlo que para vender flores hay que variar el tono y darle algo de canción. Menos rápida la palabra porque no se trata de una "edición quinta" ni de una "edición sexta".

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

Los porteros de las casas grandes de aquí tienen cuatro botones dorados más que todos del mundo.

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

Los vigilantes del tráfico en sus pagadas convierten a Buenos Aires en una ciudad oriental.

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

Las nubes de aquí son las nubes más volubles que he visto. Vienen, se van, tornan. Son nubes de un comercio al por mayor.

Hay "frigidarios" para guardar las miradas y las palabras heladas.

"Latos en tres horas" y el Destino se sonríe y piensa: "yo preparo lutos en un segundo".

Ramón Gómez de la Serna

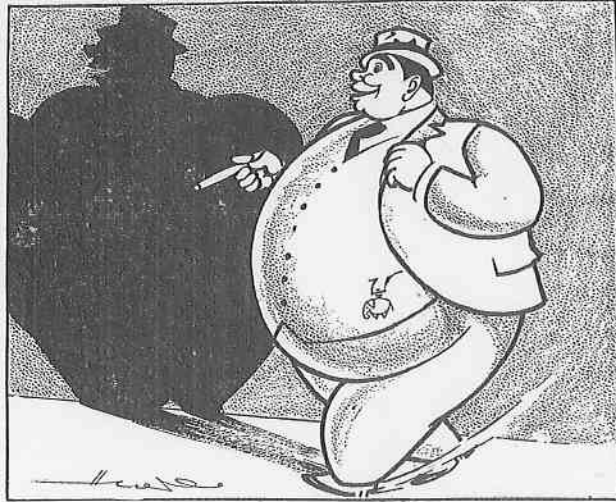
La cdlida canción (De la Condesa de Noailles)

¿A guitarras amorosa y la ardiente canción Soltozan de desesos y lánguida tristeza, Bajo el árbol que el sol poniente dora y besa Ante el derruido muro de la vieja mansión.

Semejantes a flores que tiemblan en su tallo Las errabundas ansias ondulan en el viento, Y el alma que divaga con voluptuosos alientos Siente morirse en vértigo de líbrico desmayo.

Ah! qué estremecimiento del azul tierno y claro! Respira, corazón, en ráfaga indolente De la cigarra el grito monótono y ardiente Y la canción que embriaga cual un aroma raro!

Leopoldo Díaz



DE LA OBESIDAD COMO FORMA DE GOBIERNO

Por IGNACIO B. ANZOATEGUI

SUS amigos lo tenían por un hipotamazo juguetón. Relata grandes risas, con una alegría tónica y alarmante. Era una marejada de emoción de aquel que se emborrachaba en su cuerpo y desbordaba. Relata con sus treinta y cinco billones de globos rojos y sus cincuenta mil millones de globos blancos, y la suma de sus globos se reían de su risa mundial. Superfúo Bienvenido Pérez era un hombre satisfecho; era feliz como puede serlo un gordo, y era gordo como puede serlo un gordo feliz. Pesaba aproximadamente ciento treinta y cinco kilos; un peso de hombre rebelde que siente sobre sí la enorme responsabilidad de su significación en el mundo.

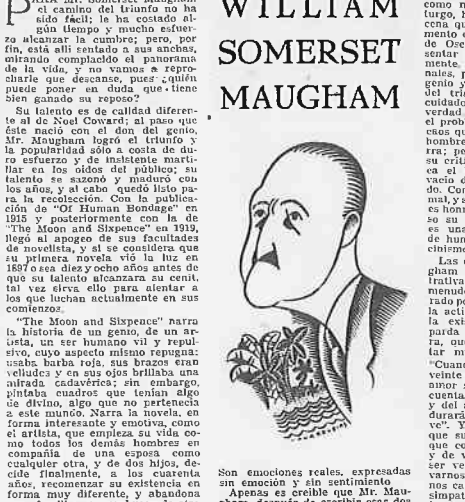
Los gordos son quizá los únicos seres extravagantes capaces de comprender y de amar su extravagancia. Los calvos disimulan su calvicie, los cojos se avergüenzan de su renguera, los sordos tratan de entender de todo, los mocosos se meten en el bolsillo la manga vacía y adoptan un aire de inválidos militares. Hay gordos vergonzantes que renuncian a su gloria en arriesgados cálculos de calorías y de caninatas inútiles; hombres que no merecen siquiera el calificativo de gordos, porque son indignos de todo ciego regojante.

Los gordos, los verdaderos gordos, tienen a orgullo el volumen de su agua que decazan en la badadera y el resplando de los asientos "pullmans" cuando se sientan en el cinematógrafo. Ellos se saben fuertes en su hermandad de gordos y saben que su alegría reside en su obesidad que les da el tono y la clase. Son bellos, optimistas, confiados y ágiles de alma. Los gordos no salen desnudos a la calle porque se lo impide la policía. Ellos son los inventores de la espuma y de las algas bromas a los vigilantes. Ellos se ríen de los gordos como el sol se ríe con el sol. Si él es una continua alabanza de la vida y un aprovechar del aire y la luz como ningún ser humano puede aprovecharlos.

Ellos distribuyen su alegría entre los hombres y se mezclan en los asuntos serios con un trecoiteo retolón. Los gordos son populares y ricos y generosos como los vientos que alborotan la sangre. Su felicidad es un fenómeno que vale por sí mismo, sin necesidad de que lo explique otro fenómeno. La alegría de un hombre flaco es felicidad allegada: siempre está unida a un episodio, a la lotería o al nacimiento de un hijo. La alegría del gordo es felicidad pura: es la lotería como institución o el nacimiento como milagro de la vida; es el Gordo de Madrid o la alegría del Universo que revienta en su carne.

El gordo es la fruta madura de la humanidad, jugosa de risa y dicharachera como una manzana. La amistad de los gordos está hecha para sacarle lustre con el pañuelo, porque ellos son las grandes iluminadores de la amistad. Ellos nos salvan de las tardes aburridas que pádecemos y de las noches pesadoras. Ellos mandan para nosotros y nos llaman con un campanilleo de llamada de gordo. A ellos les está permitido el gordo de dormir y las salidas de bote colorines, y se ríen con nosotros de su salida de baño y de su gordo, porque viven para el regocijo nuestro y para nosotros mismos cuando duermen y hacen sonar el agua con cachetazos monstruosos.

Superfúo Bienvenido Pérez caminaba a mi lado por una de esas calles sin rumbo que fueron trazadas para caminarias desinteresadamente acompañados de un gordo.



WILLIAM SOMERSET MAUGHAM

PARA Mr. Somerset Maugham el camino del triunfo no ha sido fácil. Ha trabajado el día y la noche y mucho esfuerzo le costó el éxito. Pero, al fin, está allí sentado a sus anchas, disfrutando complacido del panorama que se abre a sus pies. No quiere que nadie le quite el carácter que decansa, pues quizá puede poner en duda que tiene el mundo a sus pies.

Su talento es de calidad diferente al de Noel Coward; al paso que el primero es humano y respetuoso, el segundo es un animal de corral. Mr. Maugham logró el triunfo y el reconocimiento que él merece por su esfuerzo y de insistente martillar en los oídos del público; su talento y su carácter le permitieron los años y al cabo quedó listo para el mundo. Su obra más importante es "Of Human Bondage" en 1915 y posteriormente con la "The Moon and Sixpence" en 1919. Llegó al apogeo de sus facultades de novelista, y al ser considerada su primera novela "Vida en un mundo" en 1919 y ocho años antes de que su talento alcanzara su cúspide que lo llevan actualmente en sus comienzos.

"The Moon and Sixpence" narra la historia de un genio, de un artista, un ser humano y respetuoso, cuyo aspecto mismo repugna: usaba barba roja, sus brazos eran velludos y en sus ojos brillaba una alirada cadavérica; sin embargo, pintaba cuadros que tenían el sello de un genio. El protagonista de este cuento narra la novela, en forma de un ensayo, el carácter del artista, que empieza su vida como todos los demás hombres en compañía de una esposa, como cualquier otra, y de dos hijos, decididamente, a los cuarenta años, reconoce su propia forma muy diferente, y abandona a su familia y se entrega a otra mujer, sin del arte — y viviendo con el estrictamente necesario. Los años se pasan en el estudio. El carácter del artista es notable por lo mismo que no es en manera alguna brillante. El protagonista es un hombre de una familia pobre, "es decir", entonces, que esperamos que el genio sea humano. Aun así, nos fatiga cada vez más su vocabulario limitado, pues rara vez dice algo más que "Vete a Hellier" o "Vete a casa". Él es orgulloso y compasivo, ni agradecido, ni ama sino a su obra. Pide de prestado dinero y paga al hombre que se lo presta, tapándole la nariz con un pañuelo. Él quiere que se le diga "toma", pero no procura vender sus cuadros, y termina sus días en Tahití, rodeo por la lepra. Cuesta creer la existencia de un ser tan radicalmente privado de sentimientos humanos y no obstante, tenemos motivos para suponer que esta historia no es otra que la del pintor Gauguin.

Es ésta breve, pero completa, y además nos permite ver el carácter del propio escritor. El análisis que hace de la belleza es perfecto. "Por lo común, la belleza, la cosa más preciosa del mundo, yace como un pedruzco de la playa para que el viento levante la resaca indiferente". La belleza es algo que el artista encuentra en el mundo, como el tormento de su alma. Y una vez que la ha creado no es dado a todos conocerla. Para hacerla, hay que repetir la evolución del arte. El artista debe ser capaz de cantar para nosotros, y para escucharnos nosotros mismos. Los verdaderos artistas tienen una sensibilidad e imaginación.

"Of Human Bondage" es un autobiografía sin que deba a esta circunstancia su excelencia. Se advierte que el escritor ha sentido hondamente la vida. El héroe, Philip Carey, es apasionado por la literatura y por el arte; pero tiene una gran debilidad suya su creador, por lo demás, sufridor de tartrudismo y su vida es una vida de lucha. El mundo de la vida del hombre y su sufrimiento, de donde extrae su fuerza introspectiva que le causa tanto placer, su sentido del humor y su falta de todo interés por las experiencias personales del autor.

Almazar y fondo Al Buen Sentido

ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

KATHLEEN BELLAMY

Largo romance de las abuelas y las primas

¡INCIONES para las primas, Casitas para las abuelas, La casa de mis mayores fué mi cuna y fué mi escuela. Estuve en ella en las manos del instinto y la experiencia.

La vida me fué una pluma que me escribió en la frente. Y del saguán al género me regaló un silencio — aspira la miel del beso, suave la sal de la enmienda — las viejitas olorosas y las muchachas tremedanas.

Plata pura de los moños, oro fino de las trenzas mi casa se vuelve diáfana entre nuestras claras hebras. Era una casa muy grande, con un escudo en la puerta. (Los Avilés y los Davalos el recuerdo me agradecían).

Cuatro alfileres sonantes crucificaban los sienes, y después, sin un rumor — sonbras sobre las esteras — iban frailes familiares tras amonadadas negras.

Credos de Misia Catita, picaritas de Teresa. Soy un mundo de picad y arañazos en las piernas. El Obispo Tola — un santo — nos corta el pan en la mesa. De agnates y de plias no puedo hablar. Sor Inés vea que reza. Y yo por los corredores, tras la malvada Teresa, no me detengo hasta la última barrica de la bodega.

El siglo no nos vale después en las escaleras.

Augusto González Castro